

KAREN CLEVELAND

LA GRAN MENTIRA

UNA MADRE. UN HIJO.
UNA TERRIBLE SOSPECHA.

 Planeta

KAREN CLEVELAND

LA GRAN MENTIRA

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Título original: *Keep You Close*

© Karen Cleveland, 2019

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2019

© Editorial Planeta, S. A. 2019

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: junio de 2019

ISBN: 978-84-08-20138-0

Depósito legal: B. 10.885-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rodesa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Siempre me ha gustado salir a correr por la noche. Me gusta el silencio. Las calles tranquilas, las aceras desiertas. No es la hora más segura, desde luego, pero yendo como voy con ropa de deporte, no pueden robarme gran cosa. Y, si llegaran a atacarme, soy más fuerte de lo que parezco. Sé defensa personal, soy capaz de protegerme. Lo que más me preocupa es la violencia selectiva. Pero si alguien viene por mí, dará con la manera de hacerlo, con independencia de lo que pueda hacer yo para evitarlo.

El estanque reflectante queda a mi izquierda, oscuro y espejeante. Kilómetro diez de los dieciséis previstos, por ahora en siete minutos y medio menos de lo habitual. Esta noche llevo un buen ritmo, mejor que otras veces. Lo que me sirve de estímulo es la tormenta que se avecina. Hemos tenido una semana primaveral, con temperaturas inusualmente altas para

esta época del año, de esas que hacen que salgan brotes en árboles desnudos, tulipanes en la tierra. Pero el tiempo... aquí, en Washington, puede cambiar de un momento a otro, y la previsión meteorológica dice que el invierno aún no ha terminado. El viento ya está arreciando.

Paso por delante del Monumento Nacional a la Segunda Guerra Mundial, empiezo a subir la pendiente que lleva al Monumento a Washington. Aquí estoy en mi elemento. Los músculos en funcionamiento, estirándose, fortaleciéndose. Exigiéndome al máximo. Llevo una chaqueta ligera, unas mallas de *running* que me llegan por la mitad de la pantorrilla. En la cabeza, nada: el pelo recogido en una coleta alta, con el cuello despejado. Música de los ochenta en los cascos, pero a un volumen bajo. Lo bastante bajo para poder oír si se aproxima alguien, para ser del todo consciente de lo que sucede a mi alrededor.

Cuando llego arriba, veo fugazmente la Casa Blanca. A mi izquierda, iluminada con viveza. Verla todavía me emociona, incluso después de llevar años en la ciudad. Es un recuerdo permanente de que estoy cerca de la cúpula del poder. Y, donde hay poder, mi trabajo es necesario.

Dejo atrás el monumento, inicio el descenso ganando velocidad. La cúpula del Capitolio aparece delante, iluminada, recortándose contra el cielo nocturno.

Un recuerdo me asalta la mente, tan sólo un instante. Yo en ese despacho con las paredes revestidas de madera, hace tantos años. Él rodeando su mesa, viniendo hacia mí...

«Céntrate, Steph...»

Es el puñetero caso en el que estoy trabajando, que me está haciendo pensar en el pasado. Obligo a mis piernas a esforzarse más, a rendir más, a moverse más deprisa. Oigo el golpeteo de mis pies contra el pavimento, el ritmo en *staccato*.

El National Mall se extiende ante mí. Una recta, una oportunidad para poner a prueba mi velocidad.

Mis piernas acusan el esfuerzo. La rodilla me duele, pero sigo adelante. No me voy a rendir ahora.

La cúpula se cierne delante. Veo el rostro de ese hombre de nuevo. Noto su mano en el brazo, apretando con fuerza...

Más deprisa aún, casi es un sprint.

No puedo cambiar el pasado, no puedo hacer nada con ese hombre, no sin poner en peligro todo lo que es importante. Pero sí puedo hacer algo con el futuro. Puedo pararles los pies a otras personas.

Me miro la muñeca: algo más de un kilómetro y medio en cinco minutos y medio. Noto la sonrisa que me asoma a los labios.

Lo conseguí. Mañana cumpliré con mi obligación.

Las cuatro de la tarde y Hanson ya está en el bar. No lo tenía por bebedor por aquel entonces, en Quantico. Puede que haya cambiado. O quizá lo disimulara bien.

Se oye una campanita cuando abro la puerta, el eco de un tintineo metálico. El sitio es un antro, estrecho y oscuro, con letreros de neón en las paredes, un par de mesas de billar en las que hay gente jugando. Suena Journey: *Don't Stop Believin'*. Espero un instante a que mis ojos se adapten a la oscuridad. Hanson está casi al fondo, con una copa delante, prácticamente llena.

Voy hacia él, sintiendo que la gente me mira, haciendo caso omiso. Sé que en este sitio soy como un pez fuera del agua: traje de chaqueta y pantalón negro, zapatos de tacón, abrigo de lana hecho a medida. Hay muchos bares en Washington que atraen a clientela como yo; éste no es uno de ellos.

—Hola, Hanson.

Se vuelve. Tiene más michelines que la última vez que lo vi, menos pelo en la cabeza. En su cara se extiende una sonrisa.

—Maddox. Vaya.

Se levanta a medias, se inclina y nos damos un abrazo ortopédico. Ortopédico porque hace años que no nos vemos y porque no creo que nos hayamos abrazado nunca. Por aquel entonces, en la academia, probablemente me saludara con una palmadita en la espalda.

Se ruboriza, como si supiera que ha sido un gesto inapropiado. Como si cayera en la cuenta, demasiado tarde, de que ya no somos iguales. Ni compañeros, en realidad no. Antiguos amigos.

Miro hacia otro lado, me quito el abrigo y me siento junto a él, en un taburete. Una camarera se acerca nada más sentarme.

—¿Qué le pongo? —pregunta apoyando las manos en la barra, inclinándose hacia delante. Tiene un tatuaje en la cara interior de la muñeca, un corazón rodeado de alambre de púas. Después le miro la cara, de aspecto inocente.

—Agua, gracias.

La chica se aleja y me vuelvo hacia Hanson.

—Cuánto tiempo —comenta, ya recuperado.

—Mucho, sí.

—Me enteré de que estabas en la central, pero nuestros caminos no se han cruzado.

—Hasta ahora.

—La primera de la clase en jugar en las grandes ligas, ¿eh? —Levanta la copa y bebe un trago largo, sin dejar de contemplarme.

—Podría decirse que sí, supongo.

Algunos compañeros de clase son agentes especiales supervisores, como Hanson, pero yo soy la primera que ha llegado más lejos: directora de una sección en la central, aunque sea pequeña. La División de Investigaciones Internas.

La camarera me deja delante un vaso de agua, sin decir palabra, y se aleja.

—¿Qué tal estás? —pregunta Hanson.

Bebo un sorbo y dejo el vaso de nuevo en la barra, con cuidado. Me vuelvo hacia él. Ha envejecido en los últimos diez años, de eso no cabe duda, pero todavía veo al chico que se sentaba a mi lado en Delitos y Pruebas, que hacía de *sparring* conmigo en el gimnasio. Que me llevaba sopa de la cafetería cuando estaba en la cama con gripe. «Mierda.»

—¿Eres consciente de que te están investigando por supuesto acoso sexual?

La mirada amable se esfuma. Abre la boca sorprendido y la cierra deprisa. Su rostro se endurece. Como si acabasen de accionar un interruptor de la luz.

—¿Por *eso* estás aquí?

—La chica es tu *subordinada*, Hanson.

—Es una puta mentira.

—Es la verdad, y tú y yo lo sabemos.

Mira hacia otro lado y aprieta la mandíbula. Se hace una larga pausa. Tras la barra oigo el tintineo del cristal.

—Es mi palabra contra la suya —aduce.

Noto que me enciendo.

—¿Ah, sí?

—No me puedes despedir por esa mierda.

—¿Mejor por fraude en el registro del control horario?

Su boca se crispa, mínimamente. Veo que está haciendo un esfuerzo para seguir impasible.

—Ordené a un agente que te controlara la semana pasada. Sé con exactitud cuántas horas trabajaste. Y cuántas te *pagan* por trabajar.

Ahora los ojos le arden, pero veo la preocupación que hay detrás de ese fuego.

—También sé que vas armado. —Señalo con la cabeza el bulto que se le marca en la cadera—. Sé que has venido aquí en el coche oficial y que ésta es la segunda copa de bourbon que tomas.

—¿Se puede saber a qué coño viene esto, Maddox? No digo nada.

—Éramos amigos.

—Por eso estoy aquí.

Permanece a la espera. Respira agitadamente, las aletas de la nariz inflándose un tanto cada vez que coge aire.

Me inclino hacia él.

—Te diré lo que vas a hacer: me entregarás la placa, el arma y las llaves del coche. Y mañana a primera hora irás a la central y presentarás la dimisión.

Suelta un bufido rebotante de desdén.

—¿Y si no lo hago?

Miro hacia la puerta y la señalo con la cabeza.

—¿Ves a esos dos tíos de ahí? —McIntosh y Flint se encuentran a ambos lados de ella, observándonos—. Trabajan para mí, y están listos para montar

una escena. Aquí y ahora. Alcohólimetro, grilletes, la parafernalia entera.

—Mientes.

—¿Nos apostamos algo?

Echa un vistazo a la puerta y después a su copa, que ahora casi está vacía. Sus dedos se aferran a ella. En la mano izquierda no tiene nada, pero veo una marca allí donde suele estar la alianza.

—Tu carrera ha terminado, Hanson. Te estoy dando la oportunidad de marcharte sin hacer ruido. Asume las consecuencias del acoso, y esto —señalo el bourbon— quedará entre nosotros. Al igual que el fraude.

—Tengo familia —alega—. Mujer, hijos. Una hipoteca. No puedes joderme así.

Ahora suena Bon Jovi: *Livin' on a Prayer*. Adecuado: rezar para que todo salga bien.

—Depende de ti cómo hacerlo.

Me lanza una mirada asesina y acto seguido se quita la placa y la deja entre ambos, golpeando la barra con fuerza.